

15—En respuesta a la nueva luz

HERMANOS míos, estoy trabajando arduamente día y noche. Muchas ideas fluyen en mi mente. En todo momento, constantemente son revividas en mi memoria asuntos que me han sido revelados en el pasado. Siento una carga tan grande que me presiona y que me impele a no quedarme callada. De hecho, lo he predicado, lo he dicho, lo he presentado delante de ustedes; y rogamos, suplicamos, pedimos y luchamos con toda las fuerzas de nuestro ser, hasta que sentimos que habíamos llegado al límite, que todo nuestro ser se encontraba tan débil que mi respiración podría detenerse y que moriría en cualquier momento. Aunque en otra ocasión se me instaba a hablar a favor de la gente. ¿Por qué no pueden ustedes hacer algo de esto? Cada vez que nuestro pueblo se reúne, vienen, escuchan y se van así como llegaron. Quizá ellos tengan un poco de luz, pero no viven

Comentarios a la lección de Escuela Sabática, lunes 3 de febrero de 1890, Battle Creek, Michigan. Manuscrito 9, 1890. en armonía con ella. No se colocan del lado del Señor. Ustedes no ven que ellos han abierto las avenidas del alma donde el Espíritu de Dios, con su poder iluminador, puede entrar directamente al corazón y al alma para que respondan.

Si Dios está obrando en mí en este sentido, ¿por qué no hay una respuesta más firme de nuestros hermanos para que ellos también se hagan cargo de la obra? ¿Es que la carga puede presionarme constantemente, y, sin embargo, que mis hermanos y hermanas se queden quietos como si siempre ha de ser así, como si no tuvieran una obra especial que hacer al respecto? Hermanos, necesitamos saber si nos aferraremos a lo que es nuestro privilegio asirnos en Jesucristo.

Sé que se han hecho esfuerzos, una influencia contraria, para hacer retroceder la luz, la luz que Dios ha estado impulsando aquí sobre nosotros en lo que respecta a la justicia de Cristo; pero si acaso Dios ha hablado a través de mí, esa la verdad, hermanos. Esta es la verdad que cada una de sus almas recibirá, o sus almas serán dejadas en una oscuridad tan estéril como las colinas de Gilboa, sin rocío ni lluvia.

Condiciones para recibir la salvación

Alguien se preguntará: ¿Cómo puede ser esto? ¿Recibimos la salvación mediante condiciones? Nunca acudimos a Cristo bajo condiciones. Y si venimos a Cristo, entonces ¿cuál es la condición? La condición es que mediante una fe viva echemos mano total y completamente de los méritos de la sangre del Salvador crucificado y resucitado. Cuando hacemos eso, estamos realizando las obras de justicia. Pero cuando Dios llama al pecador, y lo invita, no hay condición; es atraído por la invitación de Cristo y no por un: «Ahora tienes que responder a fin

de acudir a Dios". El pecador viene, y al venir y contemplar a Cristo colgado en la cruz del Calvario, entonces se revelará un amor que va más allá de cualquier pensamiento humano y del cual el pecador se habrá aferrado. ¿Y después qué? A medida que contempla ese amor, reconoce que es un pecador. Entonces, ¿qué es el pecado? Pues de inmediato tiene que venir aquí [a la cruz] para averiguarlo. No existe otra definición en nuestro mundo excepto que el pecado es la transgresión de la ley, y, por tanto, el pecador descubre qué es el pecado. Hay arrepentimiento para con Dios, ¿y entonces qué sigue? Pues, la fe en nuestro Señor y Salvador Jesucristo que puede perdonar al transgresor.

Cristo está atrayendo a todos los que no han traspasado el límite. Los está atrayendo a sí mismo hoy. No importa cuán pecador sea el ser humano, él lo atrae. Si el pecador es atraído a la cruz del Calvario, tendrá convicción de pecado. ¿Por qué está allí? Porque la ley ha sido violada y él comienza a reconocer que es un pecador, que Cristo murió porque la ley había sido quebrantada. Entonces empieza a considerar la justicia de Cristo como el único instrumento que lo puede limpiar de sus pecados y de sus transgresiones.

El poder de la justicia de Cristo

Necesitamos adquirir un conocimiento inteligente de este asunto. Necesitamos aferrarnos de la justicia de Jesucristo mediante una fe viva, y reconocer que no hay nada justo en nosotros. Podemos trabajar al máximo de nuestra capacidad, pero no podemos generar una sola virtud en nosotros mismos. Únicamente la justicia de Jesucristo puede hacerlo. Luego, al vestirnos con la justicia de Cristo, tendremos poder y fortaleza; ya no desearíamos pecar, no podemos hacerlo si estamos vestidos de la justicia de Cristo, pues el Señor está obrando con nosotros y por nosotros. Podemos cometer errores, podemos equivocarnos, pero aborreceremos esos pecados, los pecados que causaron el sufrimiento del Hijo de Dios por nosotros, pues éramos transgresores de la ley de Dios.

Hermanos, quiero decirles que hay una puerta abierta y nadie puede cerrársela a ustedes; no importa que sea alguien que desempeñe algún puesto encumbrado o bajo, nadie la puede cerrar. Pero ustedes sí pueden hacerlo. Ustedes pueden cerrar la puerta de su corazón para que la luz que Dios les ha enviado durante aproximadamente un año y medio, no ejerza su influencia y su efecto sobre sus vidas, ni sea aplicada a su experiencia religiosa. Para ello Dios ha enviado a sus mensajeros.

Cuando Juan fue a proclamar su mensaje, Dios le asignó una tarea. Tuvo que realizarla y llamar la atención de la gente. Tuvo que gritar, levantar su voz como una trompeta en el desierto, como lo dice Isaías: «¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta! ¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado!» (Isa. 58: 1). Ahora bien, Cristo todavía no había dado inicio a su ministerio terrenal, pero después de que el ministerio de Cristo comenzó, ahí estaba Juan listo para preparar el camino de la obra del Señor, a fin de que las mentes de los hombres pudieran ser estimuladas, que sus duros

corazones, los principios, las costumbres y las prácticas pudieran ser profundamente conmovidos. Juan condenó su rumbo y sus prácticas, los llamó generación de víboras. Luego, Cristo aparece con un bálsamo curativo, con un mensaje mediante el cual, con el corazón quebrantado, la semilla puede caer en un terreno preparado.

Cuando los discípulos de Juan sintieron celos de Cristo, dijeron: «Este hombre, Cristo, está bautizando y todos acuden a él». Y lo dijeron para despertar celos. Juan les dijo: «Viene uno después de mí, quien es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado» (ver Juan 3: 26; 1: 27). Esta es la misma obra que debía ser realizada. Pues bien, ¿creen que Juan no tenía sentimientos humanos? ¡Por supuesto que sí! Pero esos sentimientos humanos no debían dominarlo. No, cuando ve a Cristo en la multitud, dice: «¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (Juan 1: 29). Él dirigió la gente a Cristo, y dos de sus discípulos siguieron al Señor inmediatamente.

Dios tiene obreros. Ellos llevan la obra hasta cierto punto y no pueden llevarla más lejos, porque es tan natural colocar sobre el hombre el molde del hombre como lo es respirar. Ahora bien, Dios llama a otro obrero para que venga y haga avanzar la obra. El que estaba trabajando tiene un límite. No puede ver que el trabajo que está realizando no debe continuar hasta el mismo fin del tiempo. Tiene que haber más luz y poder infundidos en la obra que los que hemos tenido. Hay obreros que vendrán y llevarán esta obra a que progrese y siga adelante, lo cual rompe el antiguo molde que sería perjudicial para ellos y que habría estorbado su experiencia y avance. Pero este molde tiene que ser quitado. El molde del hombre, las peculiaridades del hombre, se marcan sobre la obra, y este llega a ser deificado por todos aquellos que son objeto de su labor. Ahora bien, llega otro elemento que remueve el antiguo molde. Esta obra progresará y crecerá. Este edificio debe ir creciendo. Así, Dios ha colaborado con sus obreros; sepultó los obreros, pero la obra avanza todavía.

Cuando me senté con la mano de mi marido agonizante en la mía, sabía que Dios estaba obrando. Mientras estuve junto a él en su lecho, él se encontraba muy débil. Entonces, se me presentó algo parecido a una clara cadena de luz: «Los obreros han sido sepultados, pero la obra continuará. Tengo obreros que se harán cargo de esta labor. No temas, no te desanimes, la obra seguirá adelante».

Comprendí que tendría que encargarme de la obra y asumir una responsabilidad más demandante de la que había llevado hasta entonces. Le prometí al Señor que permanecería en mi puesto de deber, y he tratado de cumplir la promesa. Hago, en la medida de lo posible, la obra que Dios me ha encargado, con el entendimiento de que Dios iba a introducir un elemento en esta obra que no hemos tenido todavía.

Nuestros jóvenes ven que los de mayor edad están quietos como un poste, y que no se moverán con el fin de aceptar alguna nueva luz; se burlarán y considerarán lo que estas personas digan o hagan como asuntos que no tienen importancia.

Les pregunto: ¿Quién será responsable de esa burla y de ese desprecio? ¿Quién? Pues los mismos que se han interpuesto entre la luz que Dios ha dado, para que no alcance a la gente que debería tenerla. Sé de lo que estoy hablando. Estas cosas no me han sido reveladas en los últimos cuarenta años y continuo ignorándolas.

Hermanos, por el bien de sus almas les aconsejo: Preparen el camino del Rey. Si ustedes se han interpuesto entre el pueblo y la luz, apártense o Dios los quitará del camino. El Señor está llamando a hombres y mujeres para que vengan a ayudarlo, a ayudarlo contra los poderosos. No han de tirar hacia atrás, no han de poner su peso contra el carro para tirarlo hacia atrás, sino que han de empujar con toda la fuerza y la energía que Dios les ha dado.

Dejen entrar al Sol de justicia

Ahora sucede exactamente lo mismo que pasó en los días de los judíos. Cuando venía un mensaje, todo el poder de los dirigentes se levantaba en su contra, para que no llegara al pueblo. Hermanos, acudan a Dios por ustedes mismos, y sobre sus rodillas rueguen a Dios. No podemos soportar que las personas salgan de aquí, el centro y corazón de la obra, con impresiones equivocadas. No puedo soportar que salgan de aquí obnubilados. Si Dios nos envía la luz, dejen que venga a nosotros, y que ningún ser humano cierre la puerta o trate de cerrarla. No la cierren ustedes mismos. ¡Abran la puerta de su corazón y dejen que los brillantes rayos de luz fulguren en sus corazones y mentes! Les ruego: Dejen entrar al Sol de Justicia.

Ahora bien, si es mi obra, y si Dios quiere que me levante y me oponga a este asunto hasta el final, puedo hacerlo; pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que ustedes decidan que recibirán mi testimonio? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que mi mensaje tenga algún impacto en ustedes? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que ustedes acepten el consejo que ha estado entre nosotros desde el mismo comienzo? ¿Hasta cuándo rechazarán o se apartarán del testimonio prefiriendo sus propios sentimientos, sus propias ideas y sus propios impulsos? He estado aquí y he luchado cada centímetro de terreno para que podamos tener el mismo mensaje que este pueblo ha tenido, para que yo pudiera trabajar junto con Dios. Quiero saber cómo le permitirá Dios a su pueblo negar y obstruir la vía para que la luz que él les ha enviado no los alcance. ¿Por cuánto tiempo estaremos lidiando con este asunto? ¿Por cuánto tiempo ha de venir en vano la gracia de Dios a este pueblo? Les ruego que, por el amor de Cristo, preparen el camino del Rey y no jueguen con el Espíritu de Dios.

Mi labor

Hemos viajado por diferentes lugares de reuniones para que yo pudiera acompañar y estar junto con los mensajeros de Dios, quienes yo sabía que eran sus mensajeros y que tenían un mensaje para su pueblo. Presenté mi mensaje en armonía con el mismo mensaje que ellos proclamaban.

¿Qué vimos? Vimos un poder que acompañaba al mensaje. En cada caso trabajamos, y algunos saben cuán esforzadamente lo hicimos a fin de que pudiéramos comunicar estos mensajes a los hermanos. Creo que lo hicimos durante una semana completa en Chicago, desde la mañana hasta la tarde. El diablo ha estado trabajando durante un año para hacer desaparecer completamente estos mensajes. Se requiere una ardua labor para cambiar las viejas opiniones. Ellos creen que deben confiar en su propia justicia y en sus propias obras, y continuar mirándose a sí mismos, y no apropiarse de la justicia de Cristo e integrarla en sus vidas y en su carácter. Trabajamos allí por una semana. Cuando hubo pasado una semana se produjo un cambio, y el poder de Dios, como una ola poderosa, llenó la congregación. Eso ocurrió con el propósito de dar libertad a los hombres, para señalarles al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

En el sur de Lancaster también se manifestó la obra poderosa del Espíritu de Dios. Aquí hay algunos que estuvieron en aquella reunión. Dios reveló su gloria, y todos los alumnos del colegio hicieron sus confesiones; la obra del Espíritu de Dios fue visible. Y así ocurrió de lugar en lugar. Dondequiera que fuimos, vimos la obra del Espíritu de Dios.

¿Creen ustedes que como los diez leprosos yo debiera guardar silencio, y no elevar mi voz para cantar la justicia de Dios, alabarlo y glorificarlo? Trato de presentarles el asunto para que conozcan lo que he visto, pero parece que mis palabras caen en el vacío. ¿Por cuánto tiempo seguirá siendo así? ¿Por cuánto tiempo la gente que está en el corazón de la obra resistirá a Dios? ¿Por cuánto tiempo sustentaremos a estos hombres para que hagan la obra? Retírense de aquí, hermanos. Retiren sus manos del arca de Dios y dejen que el Espíritu de Dios venga y obre con poder. Creo que estoy en mi puesto de deber. Puedo perecer aquí como mi marido, pero tengo que hacer una obra para Dios. Necesito hacer una obra para la eternidad.

¿Cuál es el testimonio que se ha dado aquí? ¿Quiénes son los que acudirán y les darán a ustedes algo, infundiendo nueva luz y llevándolos a una norma más elevada? Si ustedes pueden mostrármelos, si pueden demostrarme que la obra está avanzando, decimos amén; pero no podemos verlo. Anhelamos ver que Dios ponga su sello en la obra. Anhelamos ver hombres y mujeres que lleven credenciales celestiales realizando este trabajo en los últimos días hasta su finalización. Dios dará a cada ser humano una oportunidad si ellos están dispuestos a aceptarla [...].

Ahora bien, hermanos, les ruego, por el amor de Cristo, que seamos sensatos. Permitamos que el Espíritu de Dios manifieste su influencia sobre nuestros corazones. Tengo un gran interés por todas las almas presentes. ¿Por qué? Porque miro hacia el Calvario y veo el precio que ha sido pagado por cada alma, y, por lo tanto, no quiero que nadie cierre la puerta de su corazón a Dios. Les ruego, hermanos y hermanas, a acercarse a Dios, a aferrarse a su poder y a no privarse a sí mismos de la bendición que Dios quiere impartirles.